

LA ELIPSE

## EL DÍA DE LAS PALABRAS

**JOSÉ A.  
GÓMEZ  
MUNICIO**


**S**I hay un día dedicado a la lectura y ninguno dedicado a otras actividades artísticas como la pintura, la arquitectura o el cine, es porque en todas las sociedades existe la conciencia de la importancia de la lectura como fuente de la que surge todo lo demás. Al fin y al cabo, todo lo que vemos, vivimos, o incluso comemos queremos traducirlo en palabras, explicarlo, contarlo. Y para eso no hay otra manera que escribir; o al menos redactar las palabras antes de que uno las suelte por la boca; es decir, es necesario que uno mismo se convierta en escritor. Así que todos somos escritores de nuestra vida, porque creamos nuestro diálogo con el mundo y con los demás utilizando el lenguaje que nos diferencia y nos relaciona con los otros.

Ahora que se habla tanto de señas de identidad, una de las identidades más fuertes que puede tener un ser humano es la de lector, y por eso el 23 de abril debería ser proclamada fiesta universal, y así compartiríamos con gozo la festividad de nuestra comunidad con la celebración de todo lo que tiene que ver con la lectura. Por eso, sea bienvenida esta celebración del día de las palabras, que nos recuerda que son las palabras la materia de toda nuestra vida.

Luego está el libro, esa máquina generadora de tiempos y espacios, el objeto más asombroso que ha inventado el hombre, según descripción de Borges. Pero la evolución de las tecnologías ha permitido que desvinculemos la idea de lectura

con el objeto del libro. Y, no se preocupen, será poco a poco, pero este cambio revolucionario irá cambiando, está cambiando ya, imperceptiblemente, nuestras maneras de acercarnos a la lectura. Sin duda va para largo, pero las transformaciones tecnológicas en el ámbito de la lectura acaban por convertirse en cambios en la manera de ver y entender el mundo.

Como se señalaba recientemente en el Congreso sobre la Lectura, la mayor parte de la actividad que se lleva a cabo en internet es la lectura; además, los chats y los teléfonos móviles están propiciando que la gente se escriba (y, por consiguiente, se lea) más que nunca. Una novedad que ofrece, pues, posibilidades nuevas que debemos atrevernos a explorar, o al menos no demonizar sin pensar.

Sigue siendo Segovia una ciudad entreverada de sustancia literaria, y nada mejor que estas celebraciones del libro y la lectura para recordar todas las palabras que han contribuido a tejer esta ciudad en la que vivimos. Caminamos de modo inconsciente entre nubes de palabras que atravesamos sin herirlas apenas, percibiendo, sin darle importancia, el murmullo que dejan tras de nosotros.

Y, siguiendo con libros, quiero recordar uno de los mejores libros que se han escrito sobre la memoria de la ciudad, 'Yuda', de José Antonio Abella, renacido estos días en su austera edición de la Tertulia de los Martes. Además de la dolorida nostalgia sefardita, 'Yuda' habla de cómo nuestras historias personales, nuestra vida, están trenzadas de otras muchas historias, porque, como escribe Abella, «la piel es la frontera nítida del cuerpo, pero las fronteras de la persona son mucho más sutiles y extensas, ramificadas e inaprensibles». Y el libro es uno de esos objetos que extienden nuestras fronteras más allá de nuestra piel.

La dedicatoria de 'Yuda', por cierto, me parece el perfecto y sencillo resumen de los mandamientos a los que debería ceñirse uno en esta vida: «crecer en armonía, pensar en libertad, actuar desde el conocimiento y la justicia, y vivir, tanto para sí mismos como para los demás, en humildad, comprensión y tolerancia». A este credo que quiere Abella legar a sus hijos y, con ellos, a todos sus lectores, se llega mucho mejor con la ayuda de los libros.


**Abella con un ejemplar de 'Yuda'. / A. DE TORRE**

**«Todos somos escritores de nuestra vida, porque creamos nuestro diálogo con el mundo»**